

¿Qué significa vivir? El Hombre y su Ambiente

José-Balbino León

José-Balbino León: Geógrafo venezolano. Doctor en Demografía, Universidad de Burdeos (Francia). Profesor de Ecología Humana en la Universidad Central de Venezuela (UCV). Coordinador de Centros de Estudios Integrales del Ambiente (CE-NAMB) de la UCV. Consultor de la UNESCO para el Programa de Formación Ambiental de Ingeniería en América Latina. Autor de numerosas publicaciones, destacándose entre otras "Ecología y Ambiente en Venezuela".

La calidad de la vida es un tema actual de gran trascendencia pero de difícil planteamiento. La vida no puede ser todavía claramente explicada y lo vivo y lo muerto suelen confundirse en un continuum inerte-vital-cultural. En sentido antropocéntrico, las necesidades vitales pueden concebirse como demandas endosomáticas - aire, agua, alimentos, calor, etc. - y requerimientos exosomáticos o culturales - sentido comunal y social, acceso a la salud, vivienda, seguridad social y personal, educación, trabajo, recreación, arte y, fundamentalmente, libertad -. Todas estas variables sólo pueden analizarse en forma integral, como expresión de efectos de sinergia ambiental es decir, combinadas y no aisladamente, pues sus consecuencias pueden ser mayores, iguales o menores que la suma de ellas.

Estos requerimientos endosomáticos y exosomáticos no están siendo satisfechos y, por el contrario, están dando origen a una vida minusválida, cuya calidad es por demás mísera. En unos casos por carencia y en otros por exceso. Aire y agua contaminados, ciudades infectadas donde vivir es una aventura diaria, viviendas-cárceles, educación para el desempleo, ocio y recreación no satisfechos, sistemas de gobierno que están terminando en "narcocracias" y libertad para no hacer nada, por citar sólo algunas desarmonías que hacen crisis.

Frente a ello, la ciencia ambiental, como nuevo paradigma, insurge contra el deterioro del hombre y de su vida endosomática y exosomática, y propugna una mejor relación entre el hombre y el resto de su ambiente, que deje de lado su actividad de violador y seductor ambiental y establezca una interacción científica con el ambiente, que implique una nueva ética, una moral diferente y una filosofía de todos y para todos. Sólo así se podrá algún día hablar de calidad de la vida.

"Quien no está naciendo, está muriendo"

Bob Dylan (citado por E. Morin)

La calidad de la vida es uno de los tantos temas de actualidad, que no porque esté de moda, resulta fácil escribir sobre ello. Cuando todavía no está suficientemente claro lo que es la vida y ni siquiera disponemos de una definición aceptable, es comprensible que hablar de calidad de la vida resulte de la mayor complejidad. Es por ello que el alcance de este artículo apenas pretende aclarar ciertos conceptos y ofrecer algunos elementos de reflexión, bajo un nuevo paradigma: el ambiente.

Para introducirnos al tema, lo primero que hay que resaltar es que en las dos últimas décadas se ha pasado de la concepción animista que prevaleció por siglos a ideas más abstractas que intentan explicar lo viviente como un fenómeno de la naturaleza, íntimamente ligado al resto de los elementos universales, que conforman un continuum inerte-vital-cultural, que se articula por medio de interfases imbricadas por procesos como la fotosíntesis, el metabolismo, la información genética y la información semántica. Se considera a los seres vivientes como sistemas abiertos que al dinamizarse son capaces de modificar su estructura y sus componentes y de retardar la maximización de la entropía que determina la segunda ley de la termodinámica. Son de conducta improbable, azarísticos y orientados cada vez más hacia una mayor diferenciación y a una más alta ordenación de la materia. Lo inerte - lo no viviente - , por el contrario, se ajusta a las leyes de la termodinámica y se dirige hacia estados más probables, hacia la entropía maximizada, hacia el desorden y la destrucción.

La vida, al menos en nuestro planeta, es de origen único; de allí que no podemos separarla o compartimentalizarla, pues de alguna manera somos familia de la amiba y del elefante y de la bacteria y de la sequía. Sólo pensando de esta manera es que podemos humildemente intentar prepararnos para tratar el problema de la calidad de la vida, y posteriormente sumergirnos en el campo antropocéntrico de la calidad de la vida del hombre.

En términos sistémicos, es decir, de la Teoría General de Sistemas, la vida es equifinalística: el objetivo es el mantenimiento de la estructura y función del sistema biótico, para que éste pueda conservar sus cualidades fundamentales autorreguladoras a través de intercambios energéticos con el medio inerte. No obstante, hoy las definiciones sobre la vida parecen perogrulladas: "La vida es el conjunto de funciones que resisten a la muerte" (Bichat), o bien como la define Atlan: "La vida es el

conjunto de funciones capaces de utilizar la muerte" . Sin embargo, ellas encierran ideas profundas, de las cuales podemos extraer algunas reflexiones.

La primera de ellas, es que la vida y la muerte son inseparables y que si la vida se presenta como "natural" y la muerte como la "desordenadora" de la organización biótica que hace que los constituyentes físicos regresen al mundo inerte de donde salieron un día, es evidente que es necesario morir para que continúe el proceso regenerativo de la vida. Algunos autores piensan que la latencia de la presencia de la muerte es precisamente lo que hace que el individuo desarrolle mecanismos cada vez más eficientes para enfrentarla, ya sea físicamente o socialmente.

Para el hombre rigen las anteriores observaciones, pero en su proceso de cerebrialización creciente, la muerte ha alcanzado una dimensión diferente, particularmente cuando el humano trató de explicarse el fenómeno de la vida en toda su magnitud. Edgar Morin nos golpea duramente cuando dice: "Nosotros hemos sufrido el increíble azar biológico del nacimiento, y cada uno de entre nosotros ha surgido como el único escapado de un Hiroshima de ciento ochenta millones de espermatozoides" .

Así, productos de una hecatombe genética, la conciencia de la muerte no nos abandona nunca y de allí que sea precisamente esa idea la que genere una intensa lucha - física y cultural - contra ella. Si bien hay que "conservar el sistema" físico-biótico, es evidente que en el plano sociocultural hay que elaborar una estrategia factible para perpetuarnos frente al fenómeno de la muerte, que nos parece increíble y atípica. Si el nacimiento es azar, la muerte resulta ineludible y determinística. Por ello, la búsqueda de la inmortalidad o la reencarnación no son sino vanos intentos por traspasar los linderos del fin biótico.

Estas consideraciones son indispensables para plantear adecuadamente el papel del hombre y su ambiente, y por su intermedio el problema de la calidad de la vida. A ellas habría que agregar: si aceptamos que supuestamente el hombre es el único animal que tiene conciencia de la muerte, las cosas tienden a complicarse pues esta noción de finitud próxima lo convierte en un ser especial, que a pesar de las reiteradas manifestaciones de "compromiso con las generaciones futuras" o de quienes piensan en la existencia de un mundo más allá de la muerte como premio o castigo a su proceso vital, se convierte en un individuo que trasciende las limitaciones de su mundo biótico. Desde las "sopas" de huesos humanos del indígena amazónico muerto repartidas entre deudos y amigos, como vínculo para la preservación de lo vital, hasta el exabrupto funéreo de conservar los cadáveres en la mejor forma posible, hay un abismo; sin embargo, ambos tienen el mismo significado.

LA CALIDAD DE LA VIDA

Resulta de una complejidad impresionante hablar de calidad de vida. Tanto o más difícil de comprender es la habilidad humana para ideologizar - en el sentido marxista de falsa percepción de lo real - cualquier intento por generar conceptos esclarecedores para una mejor interpretación del mundo en que vivimos. De esta forma conceptos como ecología, ambiente o calidad de vida han caído en manos de inescrupulosos "divulgadores de la ciencia" que irresponsablemente han contribuido a destruir serios esfuerzos para hacer comprensible una nueva posición frente a la vida. Más "responsablemente", otros hombres lo han hecho en una forma razonada siguiendo apetitos dogmáticos, políticos o económicos. Es corriente oír o leer que la "ecología de tal o cual parte está contaminada", que el "medio ambiente ecológico natural de tal sitio está deteriorado" o que "la calidad de vida del venezolano está traumatizada". Esto sería equivalente a escribir, obviando por supuesto las metáforas, que "la medicina está enferma", o que "la salud no está bien". Así de simple: el científico lo dice, el político lo repite y el hombre común lo populariza. Ambiente, ecología y calidad de vida son ya palabrejas que sirven para explicar cualquier cosa y que unos y otros las utilizan alegremente. Sin pretender definir las, es quizás propicia la ocasión para explicar que ecología es una disciplina biológica que estudia las relaciones entre los seres vivos y su medio abiótico; que ambiente es el conjunto de factores físicos, bióticos y socioculturales y sus relaciones, que dinamizados por el flujo de energía universal conforman una totalidad, que desde luego incluye al hombre, a sus obras y a sus actos; y que la calidad de vida es una abstracción que integra un sin número de factores relativos, ha mayor parte de ellos conceptualmente incuantificables, que contribuyen a la satisfacción de un organismo vivo. Debemos insistir en el carácter relativo del concepto y del sentido antropocéntrico que le daremos en este trabajo. Solamente y a manera de ejemplo utilizaremos un artificio metódico para explicar la concepción humana que tiene nuestro análisis; basta preguntar: ¿cuál debería ser la calidad del agua? Químicamente pura el agua no tiene "sabor", para los vendedores de "agua mineral" ciertos elementos y "sabores" son indispensables, en la piscina es preferible limpia y tibia, para ser tomada por el hombre debe ser "potable", que Mac Harg define como "sopa de bacterias muertas con cloro". La pregunta final es ¿cómo la prefiere el pez que vive en ella?

Partamos de una idea simple de calidad de vida. Cada ser humano tiene necesidades o requerimientos de muy diversa índole que debe cubrir para poder alcanzar un cierto grado de bienestar (otro término de difícil definición) que podemos entender como la satisfacción de sus demandas en función del ambiente donde vive. Es, pues, la relación hombre-ambiente la que determina el bienestar. Nuestro análisis

sis se fundamentará en dos conceptos de gran significación ambiental: las necesidades endosomáticas y las necesidades exosomáticas del individuo humano. Desde luego será un análisis primario, elemental, si se quiere.

LA VIDA ENDOSOMÁTICA

Cada individuo, con las variaciones propias de su edad, sexo, peso, tamaño y otros caracteres somáticos, además de la región geográfica donde viva, tiene necesidad de elementos del medio físico-biótico para poder vivir. Con las variantes señaladas, cada hombre promedio debe recibir energía equivalente a unas 2.000 o 3.000 kilocalorías para realizar su metabolismo; es decir, para mantener esa máquina térmica que es el organismo. 900 de ellas irán a su metabolismo basal, con el fin de garantizar el funcionamiento y que se produzca la homeostasis que impida el aumento de entropía y la muerte. El resto será utilizado para todas aquellas actividades que el hombre realiza: moverse, trabajar, reproducirse, recrearse, etc. Para ello debe alimentarse, pero ¿cómo hacerlo?, ¿es que acaso 300 gramos de tocino cada día bastarían? Evidentemente no. El hombre requiere energía que por lo general se encuentra en las grasas, pero también necesita proteínas y glúcidos para que los distintos componentes del biosistema puedan funcionar. Aquí se introduce la primera confusión: ¿comer o alimentarse? Los elementos integrantes de la dieta deben ser cualitativamente apropiados. Un exceso de lípidos suele matarnos y una carencia proteica también.

No obstante ello, y salvo los actuales ejemplos de Etiopía y Sudán, y anteriormente Biafra, donde la gente muere literalmente de hambre, las demandas humanas al ambiente en alimentos no son de magnitudes tales que en condiciones normales no puedan ser cubiertas por el ambiente: apenas 1,5 kg. diarios. No hay que olvidar que el ambiente, aún considerándolo como la "naturaleza", es un ente protector de las especies vivientes. La capacidad productiva permite el establecimiento de cualquier especie, siempre que sus demandas no sobrepasen los límites de tolerancia ecosistémica - por supuesto este no es el caso de Etiopía - y por otra parte su poder depurativo hace posible que elementos excedentes sean procesados y vueltos a los ciclos ecológicos, cuando las cantidades no son desmedidas.

Pero, ¿qué necesita un hombre? Aire, aire puro no contaminado, en cantidades enormes. Un hombre descansando requiere 10.600 litros de aire por día, si hace un trabajo ligero 40.400 y si es una tarea fuerte son necesarios 62.000 litros diarios (hombre promedio entre 60 y 70 kg. de peso). Deberá desarrollar unos pulmones más grandes si vive en las altas montañas donde el oxígeno es escaso y quizás más

pequeños a las orilla del mar o en tierras bajas. Se necesitó toda la evolución para lograr esta adaptación genética, de allí que sea bastante difícil pensar que sólo unos años bastarán para adaptarnos al enrarecido aire de las ciudades o de los centros industriales.

Requerirá agua, en casos extremos hasta 10 ó 12 litros por día; por lo general bastan 3 ó 4 litros diarios y ello dependerá del calor y grado de humedad presentes en la atmósfera. Al igual que el aire, el agua deberá estar libre de gérmenes patógenos o de exceso de minerales.

Así pues, la calidad de la vida endosomática será el producto de sus relaciones con el medio físico, pero también deberá establecer interacciones ecológicas con el medio biótico; así por ejemplo, parasitará especies, como cuando cría gallinas para comer sus huevos; establecerá asociaciones simbióticas entre él y algunas especies vegetales, que cultivará y a su vez aprovechará sus frutos, sus hojas o sus semillas; o simplemente depredará otros animales, como cuando pesca. El problema surge cuando va más allá de lo trófico (nutrición de los tejidos) y comienza a crear otras "necesidades".

LA VIDA EXOSOMÁTICA

La vida exosomática se caracteriza por una especie de necesidades generadas por la actividad sociocultural del individuo humano. En lo que respecta a lo social - que por cierto es común a otras especies la comunicación y la organización constituyen los dos elementos fundamentales de la complicación del hecho social. La capacidad organizativa y asociativa son los pilares del proceso de hominización, que da al hombre un comportamiento que se puede considerar como pre-cultural, donde destacan la aparición de la familia, la receptividad sexual continua que elimina los ciclos sexuales y con ello el control de la descendencia, la distinción y afianzamiento de hábitos alimentarios que permiten la selección y especificidad de las demandas al ambiente y finalmente, la disminución del comportamiento agresivo del macho, particularmente en lo que se refiere a la lucha por el alimento, la pareja y el territorio¹.

Lo cultural es atribuido exclusivamente al hombre. Todo cuanto el hombre hace es cultura y la cultura se fundamenta en la capacidad que él tiene de simbolizar; es decir, de crear símbolos y transmitirlos a sus congéneres. Todo cuanto hace está embebido de cultura - ideas, lenguaje, instituciones, arte, ciencia, magia, religión,

¹NOTAS, Cenamb 8204, 1982.

etc. - y ella es producto de su desarrollo cerebral. Lo más impresionante de todo esto es que esa cultura ha impregnado sus funciones biológicas: comer, dormir, hacer el amor o morirse dejan de ser actividades endosomáticas puramente para convertirse en actos culturales. Los banquetes "sociales" están revestidos de tal magnificencia que en nada recuerdan el proceso alimenticio; el velatorio y enterramiento de un latinoamericano cualquiera es un verdadero espectáculo; ni que decir del amor sexual, programado y comercializado como cualquier desodorante barato.

El problema, pues, de la vida exosomática es únicamente humano. Ya las necesidades primarias en la mayoría de los pueblos adquiere un segundo plano y lo exosomático se convierte en determinante. Algunas pocas variables nos muestran ese otro mundo pleno de demandas creadas por el mismo proceso de socialización; otros, por la hiperhumanización del hombre.

- La vida exosomática reposa en una sociedad que el mismo hombre debe caracterizar; en grupos sociales donde encuentre satisfacción a su condición de especie comunitaria, en la que deben estar presentes instituciones que van de la familia al Estado.

- El medio que él ha creado sobre las bases de una naturaleza físico-biótica genera condiciones que le afectan biológicamente. La salud no es ya el producto de una interacción satisfactoria entre él y el resto del ambiente, sino que las modificaciones culturales que ha introducido producen enfermedades que se agregan a las desarmonías ecológicas. Así, el acceso a la salud se transforma en una nueva necesidad.

- El refugio se transforma en vivienda. Paradojalmente en los últimos años se ha involucionado y el lugar donde vive la mayoría ha vuelto a ser un refugio; pero que no reúne las mínimas condiciones. En nuestro país se pasó rápidamente de la "casa" a la "vivienda" y de ésta a un eufemístico apelativo: "soluciones habitacionales", y a pesar de su carencia afectiva, son indispensables.

- La vida exosomática demanda cada vez mas seguridad social. Los cambios introducidos han desplazado el proteccionismo individual o familiar, sustituyéndolo por reglas sociales que requieren de grandes esfuerzos para garantizar su vida y participación en la sociedad. El sistema produce "viejos", inválidos, tarados e inadaptados biológicos que la sociedad debe ayudar.

- Intimamente ligada a la seguridad social, la seguridad personal se ha convertido en uno de los anhelos más arraigados. La justicia y todo ese aparataje de leyes, po-

licías, jueces, normas y disposiciones forman parte de esas externalidades que se han hecho indispensables para la vida cotidiana.

- El hombre también pide ser educado. Su participación social le impone la adquisición de conocimientos formales - en la escuela, el liceo y la universidad - para acceder a posiciones cada vez más relevantes dentro del esquema social imperante. Pero también el hombre debe recibir una educación no formal: el hogar, la comunidad y la sociedad deben implementar mecanismos para proporcionar una formación del individuo que no suministran las instituciones y que debe prolongarse por toda la vida.

- El sistema y la hipertrofia de lo humano han llevado al hombre a limitar al mínimo su tiempo de trabajo, al menos en las grandes metrópolis, y con ello un aumento del tiempo "libre" de difícil aprovechamiento, que se concreta en el ocio y la recreación. Buena parte de su tiempo y recursos deberán ser destinados a cubrir esta nueva necesidad.

- El arte, en todas sus manifestaciones, y la necesidad de un paisaje atractivo que responda a los cánones sociales imperantes, son también condiciones socioculturales exosomáticas, que siendo tan antiguas como el hombre mismo, hoy adquieren un alto costo.

- Por último, quizá la libertad del hombre sea hoy una de las más densas y deseadas condiciones para la vida. Los mismos conflictos que su obtención genera constituyen una de las características de su complejidad.

Podemos señalar otras muchas condiciones de la vida exosomática, pero pensamos que sólo algunas de ellas son suficientes para que se comprenda la idea de lo endosomático y de lo exosomático. Evidentemente ninguna de ellas actúa por separado, cada variable es el producto factorial de combinaciones y recombinaciones, de intercambios y de resultados combinatorios. Aquí precisamente encuentra su mejor aplicación uno de los conceptos más esclarecedores que la ciencia ambiental está tratando de implementar para el estudio y análisis de este tipo de situaciones. Nos referiremos al efecto de sinergia ambiental. Se entiende por ello el resultado combinatorio de varios fenómenos que producen una respuesta que nunca es la sumatoria de los componentes aisladamente. Esto está en perfecto acuerdo con el axioma tradicional de que el todo es más que la suma de las partes; pero también con un nuevo axioma que se está generalizando: las partes son menos que el todo. Esto se evidencia cuando se confrontan ciertos fenómenos sociales que se ven restringi-

dos en presencia de otros, lo cual es más corriente en el mundo físico. De allí que se comience a hablar de que el todo es más, igual o menos que las partes. Así, en sentido positivo como en el negativo el efecto de sinergia ambiental procura una dimensión mucho más amplia que el análisis tradicional: libertad y legislación, alimentación y salud, ocio y trabajo no pueden ser analizados sin tomar en cuenta cómo actúan en forma combinada. Un analgésico de marca conocida servía para aliviar el dolor de cabeza; un trago de whisky tal vez alegraba el espíritu; pero al combinar los dos producen un efecto alucinógeno.

LA VIDA MINUSVÁLIDA

Hoy por hoy las distintas sociedades están padeciendo fuertes contracciones para el desarrollo de la vida. Las distorsiones generadas por modelos expoliadores del ambiente, así como ciertos conceptos que se venían utilizando, deben, necesariamente, ser revisados. Por ejemplo, no es lo mismo comer que alimentarse; unos pecan por exceso y sucumben por disturbios cardiovasculares, otros por carencia y mueren desnutridos o viven famélicamente, incluso cerebralmente. A esto hay que agregar que ciertos alimentos "ricos" vienen cargados de elementos dañinos que nos matan lentamente; o de alimentos "pobres" que nos hacen vulnerables a nuestros "enemigos" microscópicos.

La vida, pues, no tiene mucha "calidad". Las ciudades se han convertido en verdaderos infiernos, donde vivir resulta una aventura cotidiana tanto o más peligrosa que la de nuestros antepasados del paleolítico. Muy bien se ha señalado que la estructura y función del aparato biótico humano no se ha modificado sustancialmente durante los últimos 50 mil años. Es por ello que cuando un motociclista de rasgos felinos nos embiste en su máquina de porte agresivo, en el momento en que está circulando en sentido contrario del flechado y por sobre la acera - una de las tantas cosas en vías de extinción -, nuestros niveles de adrenalina suben considerablemente, pero quedamos inmóviles e impotentes; luego los médicos hablarán de úlcera y "stress". Nuestro antepasado del paleolítico no sufría de úlcera ni de "stress": peleaba contra el tigre y tal vez moría, o simplemente corría y así eliminaba su excedente adrenalínico.

Nuestras viviendas - apartamentos o casas - se están convirtiendo en deliciosas cárceles citadinas, no sólo por su aspecto enrejado de calabozo o por su apariencia de fortaleza amurallada, sino porque cada vez nos resulta más insoportable caminar por la ciudad. Hemos vuelto a la práctica de nuestros ancestros de guarecernos

cuando cae la noche y el llegar a la casa constituye una admirable sensación de seguridad.

En cierto modo esta práctica hay que asociarla con la libertad para no hacer nada . Resulta paradójico que seamos libres en medio de tantas restricciones, lo cual impone "inventar" otra palabra para designar ese estado que nos permite leer lo que otros quieren, oír lo que otros dicen y que nos obligan a ello, a tener la libertad para escoger un canal de televisión que transmite lo que "ellos" quieren transmitir; de elegir nuestros "propios" gobernantes que otros ya eligieron. Es la libertad para desear sólo un tipo de mujer, de vestimos o uniformarnos en su sentido lato, de obligarnos a tomar una marca de cerveza o escoger entre uno u otro tipo de cementerio.

Hace algunas décadas se decía que la tragedia de los países "subdesarrollados", "pobres" o como queramos llamarnos era cuestión de educación. Las necesidades exosomáticas en este sentido aumentaron considerablemente y se hicieron esfuerzos importantes para ofrecer mayores oportunidades. Hoy Colombia posee 70.000 profesionales universitarios sin empleo y en Venezuela la "educación para el desempleo" ha producido unos 12.000 ingenieros cesantes. Antes se culpaba a la "humanística" que prevalecía en nuestras universidades del desempleo de sus egresados; hoy estamos ciertos de que ella no es responsable al menos de esos 12.000 desempleados.

Sabemos que estamos creando una generación de educandos que ni el "sistema" necesita ni la universidad debiera formarlos. Quienes plañideramente piensan que la universidad debe formar lo que el "cliente" pida, primero, están distorsionando la función rectora del saber, y segundo, están haciendo un mal servicio al futuro del país. Con Ivan Illich, pensamos que ha llegado el momento de analizar en profundo el actual sistema educativo, pues evidentemente no cumple con las necesidades exosomáticas del individuo y, por ende, nada aporta a la calidad de la vida.

La vida minusválida no sólo se expresa en esas condiciones básicas del hombre. La generación del ocio se aproxima y la reducción del tiempo de trabajo es ya un hecho y una tendencia muy marcada, pero todavía no estamos dando los pasos por prepararnos para una vida que tendrá muy poca actividad dirigida. Hasta ahora se han desarrollado algunos aspectos que más se asemejan a agresiones que a beneficios. Los deportes contemplativos y los juegos se popularizan y se transforman en espectáculo y en comercio, en detrimento de otras actividades que nos resultan más humanas. Las distorsiones llegan al colmo: mientras el único hospital de niños

de Caracas carece de las cosas más esenciales, el hospital de equinos del hipódromo atiende a los "pacientes" como en la Clínica Mayo.

Nuestro "handicap" también encuentra representación en la burocracia que nos ahoga, particularmente en países como el nuestro, donde el dinero producido por una actividad meramente extractiva, proporcionó un elevado número de empleos y de sistemas (estos últimos quizás más entrópicos) que agobian al ciudadano, aun cuando somos conscientes de que los subsidios y la burocracia son dos de las pocas maneras en que el pueblo puede recibir las migajas del festín petrolero. Pero cuando ya se cuestiona sin temores a la burocracia, aparece la tecnocracia que pretende reducirlo todo a una tecnología eficiente. "¿Cuántas poesías puede Ud. escribir este mes? Necesitamos el dato para alimentar la computadora con el fin de establecer costos y productividad".

Sobre la democracia, que algunos ahora inexplicablemente o irreflexivamente le agregan lo de "representativa", pensamos que no sólo parece estar muriendo sino que adopta tan variadas características que son necesarios otros tantos neologismos: conocemos la "partidocracia", la "grupocracia", la "gerontocracia o senilocracia", la "ricocracia" y más recientemente la "narcocracia", que parece tener mucha vigencia en varios de nuestros países latinoamericanos.

¿Es posible una calidad de vida bajo sistemas de gobierno tan particulares? Desde luego que no. A ellos va unida la corrupción, que no sabemos por qué se asocia solamente a las actividades públicas, cuando es parte ya de una forma de vivir que se enraíza en el individuo y que por cotidiana se hace familiar, y quizá indispensable para las "cracias".

A las dictaduras militares no vale la pena dedicarles dos líneas: simplemente son antibióticas.

EL FUTURO Y LA CALIDAD DE VIDA

No pensamos que las actuales tendencias vayan a cambiar en un futuro próximo. Todo parece indicar que hay un afianzamiento del individualismo y por ende un proceso regresivo de la humanización, en su sentido ético y moral. La aparición de las "viudas de las computadoras", esas esposas abandonadas por los hombres que dedican sus noches al "placer" de la computación, los "aparto-prisiones" y sus tele-

visores, y otras manifestaciones de individualismo, como el video-fono y el trabajo a distancia, nos hacen pensar en un acentuamiento de la individualidad, o al menos un retroceso de la socialización.

Pero será una individualidad homogeneizada. Hasta ahora los pocos intentos de separarse del montón por los grandes complejos transnacionales - léase trashumanos - que rigen la vida cotidiana. Hace poco, y caracterizado por una cierta estupidez ya crónica que me hace creer en el hombre, me sorprendí al saber que dos laboratorios transnacionales ya disponen de una vacuna contra el paludismo y que su salida al mercado es cuestión de precios y del reparto de unos 1.500 millones de seres humanos que la necesitan. Son ellos los mismos que nos impusieron el "blue jean", la hamburguesa, el betamax, los sostenes infantiles y los contraceptivos. Todos debemos usar la franela XX, o los zapatos KK. Somos, pues, un ejército de autómatas estupidizados homogeneizados, a los cuales "ellos" les crean necesidades a su antojo y con ello una fuerte carga de insatisfacciones para los marginados del "progreso".

¿La homogenización - y la generalización como paso siguiente - pueden ser considerados como elementos socializantes? Hay quienes sostienen que el "blue jean" hizo que ricos y pobres se vistieran igual. Es una buena excusa, sólo que ello no cambia el estado de ambos, los pobres siguen siendo "pobres con blue jean", calzados con imitaciones de KK. Este es un derecho, tan igual como ser graduado-desempleado. Así, todos podemos tener automóvil, siempre y cuando ello contribuya a la economía de mercado. Todos tenemos derecho a la salud, siempre que podamos pagarla.

La ciencia ambiental insurge contra todo esto. Su "pecado original" fue romper con la epistemología clásica y con la ciencia tradicional; cuestionar los enfoques parcelados del conocimiento y enfrentar el interés crematístico de los seudocientíficos explotadores del saber. Su labor es la búsqueda de conceptos integrativos que hagan posible una ciencia de todos y para todos, que sea popular, antidisciplinaria y, por ende, transdisciplinaria. Retoma antiguos pero válidos planteamientos que propugnan el totalismo u holismo² como base del conocimiento.

Parte la ciencia ambiental de un concepto que no puede separar el campo ético, moral, filosófico, si se quiere, de una praxis creadora capaz de interpretar adecuadamente el mundo real - el ambiente - como una totalidad estructurada dinamizada enérgicamente y concebida sistemáticamente.

²Holismo: teoría psicológica del organismo de un individuo en su totalidad.

El ambiente resurge como un concepto que hace posible la vinculación estrecha entre los factores físico-bióticos (la naturaleza, en términos usuales) y el hombre; un hombre biocultural, con necesidades endosomáticas y exosomáticas reales y ficticias, de cuyas relaciones intraespecíficas depende el futuro.

Es por ello que nos interesa sobremanera la relación del hombre con su ambiente. Hasta ahora el hombre se está comportando como un violador del ambiente: saqueo y despojo, tala y quema, agresión a las especies incluyéndose él, contaminación, guerra, depredación, parasitismo y muerte. Como lo señala Foster³, así se comporta un violador ambiental. Más sofisticado, "inteligente" y encubierto actúa el seductor ambiental, que en nombre de la naturaleza, del conservacionismo economicista o de la clientela política y tal vez con un más amplio espectro mayor intensidad y magnitud, despliega sus acciones expoliadoras. A veces aprovecha los mismos sentimientos humanos para destruir. Utiliza eufemismos como "internacionalizar los costos de la contaminación", o al ambiente hay que infligirle "el mínimo daño permisible", como si pudiéramos aceptar que nos dieran una puñalada, pero no tan profunda.

Frente a ello nos queda una relación científica con el ambiente. Ni una actitud sentimental, amorosa, puede ser suficiente para la preservación de la vida. Es necesario establecer unas reglas que permitan la vida planetaria y la optimización de los recursos ambientales. El hombre, lejos de separarse del ambiente, debe integrarse a él, conocerlo, respetarlo. Sólo así podremos algún día hablar de calidad de vida.

Referencias

*Anónimo, NOTAS, CENAMB. 8204 - 1982;

*Foster, P. W., INTRODUCCION A LA CIENCIA AMBIENTAL. - Buenos Aires, Argentina, Editorial Ateneo. 1975;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 75 Enero-Febrero de 1984, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

³Foster, P. W.: Introducción a la ciencia ambiental, Buenos Aires, Editorial Ateneo, 1975.